

Omar Alí Moya García

Triste lamento de violín

Colección: Narraciones

Triste lamento de violín

(Tres cuentos)

Omar Alí Moya García

Manicomio

«Cuando un loco parece completamente sensato, es ya el momento de ponerle la camisa de fuerza». / Edgar Allan Poe

–Mire, usted, señora –le decía con voz agrietada aquel hombre–, yo no estoy loco para que me quieran meter ahí, en ese chiquero de recuerdos hecho polvos y que deambulan por los pasillos a cualquier hora, aparte del tufo interminable a medicinas y otras sustancias del demonio, que se le pegan a uno en el pellejo, y por más que uno se patee una y otra vez no sale... no sale.

El hombre se levantó y golpeó con su puño la mesa: «¿Usted piensa que yo no sé lo que es el manicomio? Es como visitar una tienda de desconsuelos y más cuando lo dejan a uno ahí tirado, olvidado, muerto en vida, te pasan el cerrojo del olvido y te obligan a desayunar, almorzar y cenar los restos de soledades y abandonos». El hombre volvió a sentarse y miraba fijamente a aquella mujer.

–Pero es lo mejor para usted –trataba de convencerle ella – y, en todo caso...

– ¡Le digo que no! –le dijo en tono cortante–. Yo no iré ahí, señora. No y no.

El hombre movía la cabeza de un lado a otro, negando y odiando. «Yo vi cuando se llevaron a Nacho Boronas.

Andaba el pobre con un balde vendiendo unos nacatamales y como le dio ganas de cagar, se metió al patio de la Colindres y se quitó toda la ropa. Los chavalos que jugaban cerca, le vieron todo el animal dormido y arrugado, y se asustaron; la policía llegó y se lo llevaron. Luego lo dieron por loco. Lo mandaron allá al kilómetro cinco. Yo lo fui a ver varias veces. El manicomio lo volvió loco, porque él no era loco», contaba el hombre.

Edison, como decía llamarse, se negaba a aceptar su condición esquizofrénica que en años anteriores le causó muchos problemas, como aquel día de julio que en plenas fiestas patronales se fue a meter al bar «Las dos hermanas», y arremetió contra un hombre que se encontraba en una mesa disfrutando de una cerveza. Edison le dejó ir un botellazo en la cara, que le partió la nariz y le arrancó dos piezas dentales que cayeron al suelo, mientras un grupo de alegres mujeres bailoteaban al compás de una cumbia chinamera con un viejito rabo verde y, en medio del alboroto, se pasaron llevando los dientes caídos y los patearon hasta perderse. El golpeado ni tiempo de capearse tuvo. «¡Está poseído este cabrón de mierda!», gritaba una de las meseras. Posteriormente, Edison afirmaba que una dulce voz lo indujo a «quebrale la vida a ese desgraciado que quiere matarte a la salida del bar. Adelantátele vos». No quería. Pero la voz, dice él, estaba ahí zumba que zumba insistiendo, jochando y jochando.

Hasta que no pudo más y desgració al hombre que se bebía tranquilo aquella cerveza.

La mujer que estaba con Edison era una doctora. Trataba de convencerlo de que la mejor solución a su situación era la cruda resignación de internarse y aceptar el tratamiento que le ofrecía el hospital psiquiátrico. Era una mujer de

huesos menudos y firmes, cabellera larga y rizada, de tez canela y ojos marrones. Vestía un pantalón kaki y una blusa roja que le resaltaba los atributos de potranca en celo.

– Mírelo por el lado bueno para su familia y usted –seguía tratando de convencerlo. Pero Edison no dejaba de ver su muñeca de la mano derecha. «¿Qué miras?», le dijo ella. Edison no respondía y más bien movía de forma agitada los pies. La doctora le repitió la misma pregunta. Edison no respondió. Hubo un silencio temporal.

– Este reloj anda malo –dijo Edison luego de un rato–, las agujas giran al revés. Edison le mostraba la muñeca a la doctora. «Este reloj anda malo y es el único recuerdo que tengo de mi padre, desde el día que se fue a la guerra y jamás regresó a la casa. Luego, mi madre nos abandonó. Nos dejó en una casa triste con mi tío Javier, a mi hermano menor y a mí. Ella se fue con un hombre, dicen, y tampoco volvió por nosotros. Este reloj anda malo: está regresando el tiempo y no quiero que regrese», mascullaba Edison. Con un frío repentino, Edison se sentó en el piso, en un rincón del cuarto y se abrazaba a sí mismo. Sollozaba como un bebé y las lágrimas empezaban a correr por su cara demacrada.

– ¿Y por qué no quieres que el tiempo regrese? –preguntó con un tono curioso la doctora.

– Mi tío Javier golpea. Y golpea fuerte. A mi hermano lo metía a un cuarto y luego salía todo sudado de ahí. ¡Mire este reloj, doctora! Está regresando el tiempo y yo no quiero volver a casa de mi tío. La doctora volvió con su tono acechante: «¡Por lo mismo, Edison, aceptá el tratamiento, hombré!»

¡Ya le dije que no! –respondió con furia–. Esta es mi casa, esta es mi sala, mis sillas, mis retratos, mis cortinas estampadas de flores, mi mundo. Yo no estoy loco. Usted está loca. El mundo está loco. Hasta el presidente está loco. Y aquí nadie va a venir a decirme que estoy loco, porque no lo estoy, ni tampoco a tratar de convencerme que abandone lo que es mío y me lleven a un sanatorio de animales... ¡No! No me va a pasar lo de Nacho Boronas.

Edison se levantó, agarró la silla y la tiró contra la pared. Desgajó de un solo tirón las cortinas que embellecían aquel cuarto solitario, se arrancó de la mano el reloj, lo lanzó contra la pared también y los pedazos salieron volando por los aires. En un movimiento rápido, Edison se abalanzó sobre la humanidad de la visitante con unos deseos voraces de arrancarle la cabeza. En un salto, cayó encima de la mujer, con su rodilla izquierda y huesuda, la inmovilizó. Edison le apretaba el cuello con fuerza. La mujer empezaba a perder la respiración. Sintió la muerte.

La doctora ya miraba negro, cuando de pronto, dos hombres corpulentos sujetaron sorpresivamente por detrás a Edison y lo inmovilizaron. Edison era un toro para brincar y les costó. Un chorro de baba le salía por las comisuras de la boca.

–¿Con quién peleas, amigo? –le preguntó uno de ellos, mientras el otro le ponía sorpresivamente una inyección. Edison callaba, buscaba a la doctora por todos lados, en aquel cuarto que de pronto se puso gris, que no tenía una sola ventana. Se miró a sí mismo: descalzo, con los pies agrietados, las uñas largas y sucias, con una barba llena de piojos y las manos ásperas. A como pudieron, los hombres lo subieron a una camilla destartada, al menos le servían las pequeñas ruedas. Lo amarraron fuerte y, Edison, seguía con su cabeza buscando a la doctora.

– ¡Juro que aquí estaba esa mujer que me quiere llevar al manicomio! –empezó a gritar– Yo la vi... Yo la vi... Aquí estaba... La quiero matar... Yo la vi.

-Calmate, viejo -lo reprendió uno de los hombres-. Aquí no hay ninguna mujer. Siempre has estado solo en esta habitación, desde hace cinco años. Pero, Edison no estaba convencido. «Me amarran porque saben que yo la vi. ¡Putaaaaaaaaá! Yo sé que aquí estaba. Andaba de blusa roja. Yo la vi», gritaba sin parar. En un último vistazo, Edison buscaba sus cortinas, su reloj quebrado, buscaba la luz que él miraba refractarse por el vidrio de la ventana de su cuarto, por donde, en horas de aburrimiento, contaba todos los autos que pasaban por la calle, y los clasificaba en inútiles o útiles, y anotaba el número de placa en una libreta rosa, y en donde también anotaba lo más relevante de su día. Pero ahora ya no estaba la ventana. No había calles ni autos. «Llévatelo», ordenó uno de los hombres al otro, «que yo me encargo de cerrar aquí». La inyección empezó a hacer efecto y Edison, poco a poco se iba quedando dormido. Respiraba como un buey cansado, ahora. Resoplaba lentamente. El hombre se lo llevó a lo largo de un pasillo de ladrillos blancos y curtidos, donde las bujías de pronto tiritaban en aquel lugar lúgubre. Cuando llegó al final del pasillo, el hombre dobló a la izquierda. Desde la puerta del cuarto, el otro hombre vio toda la trayectoria por donde se llevaron a Edison. De entre sus bolsillos sacó una cajetilla de cigarro. Solo había uno: era el último que le quedaba. Lo encendió. Pegó un sorbo y escupió a un lado. Entró a la habitación. Levantó la única silla que había. Y la vio: ahí estaba la doctora, sentada en el rincón de la habitación, en una de las esquinas, con la cabeza metida entre las rodillas, en posición fetal, con la blusa desgarrada, y sus dotes carnales expuestos a la vista. Lloraba. Ella alzó a ver al hombre. Estiró su mano empuñada. El hombre la quedó

viendo. Se le acercó. Ella abrió su mano y en la palma estaba un reloj negro, intacto, en cual las agujas giraban en sentido contrario. El hombre se acercó un poco más y lo tomó.

—No se preocupe mi reina -le dijo mientras se ponía el reloj en la mano derecha—. Espéreme aquí, cuando salga de turno yo vendré por usted.

El hombre le pegó el último guiñón al cigarro, tiró la chiva al piso y la apagó con su zapato. De largo le lanzó un beso a la doctora y cerró con llave y candado aquella fría habitación.

2017

(Del libro inédito Manicomio y otros cuentos, de Omar Alí Moya García).

Juana la loca sabe amar

Juana la loca sabe amar. Eso es lo que se dice de ella. Y ella misma lo confirma. Se levanta temprano cada mañana, lava su cara y se peina frente al enorme espejo de su habitación, se escuchan los cantos de los gallos mezclados con el triste lamento de un violín en la distancia. Estira su larga cabellera y desenreda las hebras una a una.

Juana, la loca, sabe amar. Ella misma lo dice. Abre las cortinas de la ventana y respira el aire puro. Ya han llegado las sirvientas a servirle el desayuno, mientras el marido aún duerme, luego de una noche larga de pasiones y fuegos fatuos. La llevan de la mano y la desvisten lentamente, para darle un baño que despierte sus entrañas. La música de violín se detiene un instante, el instante en que Juana la loca explota de celos y se dirige rápidamente hacia la habitación donde un hombre se revuelca con otra mujer color de la noche y caderas cinéticas, mientras seis caras absortas observan el panorama sexual. Juana, la loca, arremete contra la mujer, quien al verse descubierta intenta huir. Juana le ha clavado un cuchillo en la garganta. El hombre grita que se detenga que no es lo que ella está pensando. Juana, la loca, por un momento es sorda, no escucha súplicas ni reclamos. Se abalanza sobre el hombre y con sus dedos le saca los ojos. El hombre, ya ciego, se levanta y sale corriendo con la cara ensangrentada, sin percatarse que va hacia el balcón, desde de donde cae treinta metros y tres centímetros de altura, hasta partirse la vida entre las rosas y las espinas del jardín.

Juana la loca sabe amar. Dice ella. Se prepara para salir ante sus súbditos, mientras le preparan su carroza, halada por dos enormes ejemplares andaluces. Juana la loca va montada en su carroza y saluda a la gente, les tira besos y flores, acompañada de sus seis hijos. De nuevo la música de violín vuelve a sonar.

Juana Soledad Castillo, la loca, mujer de cuarenta años fue también maestra de escuela. Eso es lo que dicen. Impartía geografía e historia. Le ponía una carga emotiva a sus clases de historias, que lograba trasladar a sus alumnos del antiguo Egipto hacia el senado romano, con la misma facilidad con que los llevaba a conocer los jardines colgantes de Babilonia o las ruinas de Machu Picchu. Un martes de agosto quedó atrapada en la historia y ya no pudo volver. Su esposo, un hombre mujeriego y despilfarrador, se había escapado de casa con una mujer. Nunca se le volvió a ver. Hasta el día en que Juana Soledad andaba de paseo en el balneario de Las Salinas, junto con sus seis hijos, y en el agua vio de lejos cómo un hombre ojos de abismo acariciaba las nalgas de una mujer, la besaba y levantaba por los aires. Juana Soledad sacó un cuchillo de entre el maletero que había llevado. Se metió al agua con todo y zapatos y en un descuido acuchilló a la mujer seis veces en el cuello, «uno por cada uno de mis hijos», y al hombre le sacó los ojos, y lo apuñaló treinta y tres veces, «porque le pido al señor que algún día me perdone».

Acusada de asesinato atroz en contra de Felipe Sebastián Domínguez y de una mujer, cuyo nombre nadie recuerda, el juez declaró que Juana Soledad Castillo, de cuarenta años, había perdido la razón y que, por eso, lo más juicioso era trasladarla a una institución que pudiera tratar su trastorno mental.

Juana la loca sabe amar. Ahí va en su carroza, tirando flores y estrellas a la gente que la saluda, y la música de violín acompañada con sonidos de piano y ópera van llenado de júbilo el cortejo de la reina.

Es día de visita. Los seis hijos de Juana Soledad Castillo la miran de lejos, la deletrean de pies a cabeza, observan

como un enfermero al que le dicen Cortecito, la trae en una silla de ruedas por el andén del jardín del hospital psiquiátrico, mientras ella viene tirando rosas de papel, de un lado a otro, rosas que todas las tardes se pone a hacer en sus horas de ocio.

(Del libro inédito Manicomio y otros cuentos, de Omar Alí Moya García).



Feria

*“Los monstruos son reales, y los fantasmas también:
viven dentro de nosotros y, a veces, ellos ganan”*
— Stephen King

Manuela se ha levantado temprano. Es jueves. Febrero se alza por encima del horizonte con sus días efímeros. Se acicala lentamente Manuela frente al espejo de su vida y cuenta las arrugas en su rostro, rastros de otros mejores días. Enciende la radio para escuchar los últimos pormenores del mundo, se sienta a la mesa, suspira, mientras tira la mirada al techo por donde un rayo de luz se mete sin permiso, come un poco de pan y en el humo del café recién hecho se dibujan los recuerdos. Hay un poco de neblina en sus ojos, ella la ahuyenta con su mano temblorosa, mueve sus manos como diciendo adiós, tratando de acomodar las piezas de su rompecabezas. Dicta sobre la mesa sus ceremoniosos decretos imperiales y ubica cada cosa en su lugar preciso, donde le corresponde desde el inicio de los tiempos.

La soledad se asoma por una hendidura del biombo. Ella cubre la hendidura con un trapo rojo con el que seca a veces los ríos solitarios que brotan de sus ojos. La casa desde hace años está llena de hologramas: niños corriendo de aquí allá, la madre arrullando a sus hijos en el butaco mientras tararea una canción de cuna, bullicios, risas, llantos, las comilonas familiares que parecían que derrumbarían la casa. Las flores en los jarrones esquineros se marchitaron hace siglos. El humo se llevó a los niños cuando crecieron y alzaron vuelo. El fuego terminó de abrir más la herida cuando el lado derecho de la cama solo dejó un espacio vacío con forma de varón. Pero el tiempo y la llegada de los nietos logró cauterizar un poco la vida. Respirar se le hizo más llevadero.

Manuela mira el reloj de pared. Son las 7:35 de la mañana. Está sofocada, impaciente, inquieta. Ella tiene el número 053. Así lo dice la tarjeta de pagos que le asignó el Seguro Social, para los jubilados y personas de la tercera edad. ¡Por fin llegó la nieta! La compañera de sus quijotescas aventuras de viejita. Carmen, la hija, no ha tardado mucho: solo ha pasado dejando a la niña. Ya va tarde al trabajo, dice. Carmen le da un sonoro beso a Manuela. «Portate bien aquí en la casa de tu abuela», la niña le tira una mirada llena de complicidad a la anciana y Manuela le hace un guiño. Carmen se va. A lo lejos solo se mira el humo de su auto que va diciendo adiós.

El tiempo es oro. Ahora Manuela lo sabe a sus 87 años. Termina de alistarse, mientras la niña juega con sus muñecas, juega a ser mamá, tener muchos hijos y también quiere ser ingeniera como su madre. Manuela la escucha jugar mientras termina de arreglarse. Manuela le pone un sombrero a la niña y se van caminando. No llevan prisa, pero tampoco quieren llegar tarde. En el camino la niña ataca con preguntas, son dardos en los aires que zumban fuerte, tocan el fondo de los tímpanos: ¿Cómo nacen los niños? ¿Por qué no podemos volar como los pájaros o respirar bajo el agua como los peces de colores de la pecera de mi casa? ¿por qué no vives con nosotros abuelita? ¿Por qué esto? ¿Por qué eso otro?

Manuela no se impacienta y trata de responder cada pregunta que la ha tomado por sorpresa, como toma por sorpresa un águila a un ratón de granja mientras disfruta de un trozo de queso. Mientras Manuela responde, se van acercando a la calle. En el camino se han encontrado con otras personas que van al mismo lugar. Se saludan y detienen a medio camino, a contarse las mismas historias que se cuentan una vez al mes cuando logran verse, a detallar pormenores de hogares, de hijos y nietos que han

devuelto la vida a las casas vacías, y entre preguntas de las niñas y conversaciones efímeras con las amigas de antaño, Manuela no siente sus pasos que de pronto han recobrado juventud y pasión. El lugar donde retira Manuela mes a mes su pensión, es una casa grande que aún conserva vestigios coloniales, hay un enorme corredor donde todos esperan su turno. La calle donde está la casa, es un monstruo.

Es un monstruo que se despierta una vez al mes. Durante casi treinta días la calle parece desierta, pero de pronto, el monstruo se levanta y rugen. Le han salido alas y garras a la calle. El sol inclemente golpea el adoquín. Se han levantado tiendas e invade el bullicio. Poco a poco aquella calle desierta se llena de gritos, alborozos, de movimientos mercantiles, de fiesta y jolgorio.

Ahí está la señora que vende frescos, la de los juguetes, la que lleva ropa usada, la que se levanta a preparar la venta de tortilla con pollo frito o carne, el hombre que ha venido desde tempranas horas a ofrecer el producto de las uñas de sus manos, rasgando la vida. Por allá se escucha una venta de rifa. Están rifando un ternero para que puedas celebrarle la promoción a tu hijo o el bautizo de algún nieto. Aquí viene el de los raspados y su clin clin de la campana ha llamado la atención de los otros niños que, como la nieta de Manuela, andan acompañando a sus abuelitos o abuelitas. Allá van los chavalos a comprar uno de 10, uno de 15, o uno de 20 al que le echan una buena porción de leche condensada. Por aquí hay vigorón y esta otra señora está vendiendo consumido, nacatamales. El monstruo está feliz, se frota las manos, sus alas metálicas y duras se extienden por todo lo alto de aquella calle. Se acerca un hombre que vende bisuterías y chucherías para pasar el rato. Ya va la cola por el número 035, y Manuela espera con paciencia. La nieta mira en derredor cómo el

monstruo de la calle se agiganta más y más. No llegó el 043. No llegará más. Anoche murió de un infarto, repentino. Hay un señor con un cuaderno donde apunta las colaboraciones para llevar a la familia del difunto. Los que salen dan su aporte. Hay rostros enrojecidos que no se quieren resignar. Por este lado están comentando la desgracia de don José. Algunos cuentan anécdotas que vivieron con el ausente. Hay un silencio repentino. «¡Aquí está su fresco de chicha y jengibre!» rompe el silencio un hombre. Va montado en su triciclo. Lleva un enorme termo rojo, todo sucio y lleno de lodo. Algunos compran, porque el calor está empezando a golpear. Otros dicen No gracias y algunos se hacen los sordos. Hay una manada de buitres que han salido de la boca del monstruo y que se acercan y ofrecen sus productos a buen precio, a como usted desee abuelo, a 24 meses o 36 si lo prefiere, para que compre su cama, su licuadora, su abanico mire que el calor no perdona, su cocina nueva para que no se llene los pulmones de humo, la refrigeradora para que conserve mejor su comidita, el equipo de sonido para que ponga a bailar a los nietos. Andan con volantes y los reparten. Se escucha el crujir del estómago del monstruo. Tiene hambre. Se alimenta de tiempos y ojos.

Ya salió Manuela. No quiere ver a los lados. Pero el monstruo le ha hecho ojitos a la nieta, la seduce, le saca la lengua y le endulza el oído con una canción apresurada. El monstruo siente ganada la batalla, sabe que ha conseguido la atención de la niña, y está dispuesto a comer. Manuela camina, pero siente los brazos de su nieta que la detienen lentamente. La mano de la niña señala. Señala aquí y allá y más allá. Una feria de ojos y voces que te llaman una y otra vez. Una red ha caído sobre los ojos de Manuela. El monstruo se frota las manos. Manuela gira y se deshace de su vejez, en remolinos y caracoles. La nieta ha sonreído. En el fondo, Manuela estaba esperando ese llamado. Manuela

toma al monstruo de la cola y lo mete en su bolso. Lo amordaza. Ahora es ella la que tiene dominio de la calle. Es ella la que ahora dicta las leyes y designios. Esta camisa para Carlos, le va a quedar muy bien, esta chinela para tu hermana, mirá, esta blusa para tu mamá, para cuando le toque alguna celebración especial en el trabajo. Ya viene el día de las madres, piensa Manuela. Este servicio de vigorón para tu tío Alberto, ya que solo a él le gusta comer chicharrones. Se lo sirven empacado, pero ella lo prueba, siente muy dura la yuca y reprende al vendedor. Se desplaza con dominio de gacela entre las ropas y las frutas, los zapatos y las vende rifa, entre las bisuterías y los puestos de medicina natural que de pronto han aparecido, entre los microbuses que venden recargas y felicidad en los dedos y los puestos de percederos a precio más barato que el de las pulperías. Toma un poco de lo que hay aquí, regatea un poco por allá. Manuela dicta las leyes del destino de aquel día. ¡Qué cargada que vas, Manuela! le dice alguien. Es que uno nunca deja de ser madre, responde ella. Manuela ha tenido que extender sus brazos, que abarcan tanto amor y bolsas atestadas de caricias e ilusiones. La niña, en un descuido, logra sacar al monstruo del bolso de la abuela. Derrotado, el monstruo se entierra entre los espacios vacíos de los adoquines grises, esperando otros treinta días más para volver a invadir la calle desierta.

(Del libro inédito Manicomio y otros cuentos, de Omar Alí Moya García).